

APERTURA
DEL
CURSO ACADÉMICO
DE
1866 Á 1867
EN LA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA.



Barcelona.
IMPRESA Y LIBRERÍA DE TOMÁS GORCHS,
Impresor de la Real Casa
y de la Universidad literaria é Instituto de 2.^a enseñanza.

1866.

UNIVERSIDAD
DE BARCELONA

FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS

VETERA
NOVIS
AVGERE

SEMINARIO DE HISTORIA

EX LIBRIS

CÁTEDRA DE
PALEOGRAFÍA Y DIPLOMÁTICA

ORACION INAUGURAL.

EXCLÒS DE PRÉSTEC



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701411091

ORACION FÚNEBRE

DEL CATEDRÁTICO DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1866 A 1867

ANTE EL CATEDRÁTICO

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

ORACION FÚNEBRE



BARCELONA

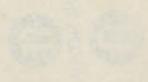
IMPRESA Y LIBRERIA DE TOMAS GONZALEZ

PROFESOR DE LA LEY DE

Y DE LA LIBRERIA DE TOMAS GONZALEZ

1867

ORACION FÚNEBRE



1

ORACION INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1866 Á 1867

LEYÓ

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EL DOCTOR D. JUAN DE RULL,

Catedrático de la Facultad de Medicina.



BARCELONA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE TOMÁS GORCHS,

IMPRESOR DE LA REAL CASA

y de la Universidad literaria é Instituto de 2.^o enseñanza.

1866.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

Señores:

TIENEN las Universidades mayor alcance potencial científico del que á primera vista se les atribuye. No es la leccion del profesor esa plana, igual, ordenada y uniforme, compuesta de unos mismos caractéres, fria, yerta, improductiva, si una atencion é imaginacion á propósito no hacen revivir por la lectura el númen del autor semi-velado en ella, nó: es la voz del mas delicado órgano de expresion con que naturaleza quiso enriquecer al hombre, es en fin la palabra su principio, mágica chispa, que partiendo de un corazon ardiente á otro corazon prende su fuego. Flexible, tranquila, sosegada á veces, infiltra suavemente el habla en el ánimo del que escucha, como llamándole poco á poco á una atencion más sostenida; veloz, lijera y sin esfuerzo alguno,

expone en otras con elegante sencillez simples relatos de pasajes bellos, que el oyente con facilidad alcanza; ora persuasiva, razonadora y llena de argumentos, sienta las bases sobre que han de apoyarse eternos principios de verdad y de justicia; ora en fin crecida al impulso de un entusiasmo noble, lánzase impetuosa, potente, arrolladora, á combatir de frente las doctrinas del error.

Feliz quien dotado de lenguaje fácil, rico de ciencia y de amor á la enseñanza, conoce los beneficios que de sus trabajos la sociedad espera; quien, comprendiendo á fondo que la instruccion es de la educacion verdadero complemento, acierta á desempeñar cual se merece el difícil cargo que el Estado le confia. Vosotros, maestros respetables en los distintos ramos del saber humano, conoceis con tales dones la influencia que estais llamados á ejercer en esa juventud, que fian tranquilos los padres á vuestros solícitos cuidados, sin creer necesaria, y con justicia, la mas mínima excitacion que tienda á avivar vuestros desvelos, y aprovechais cuantas ocasiones se os presentan para infundir en los discípulos las bellas máximas, que han de convertirles un dia en hombres tan útiles por su virtud como aptos por su instruccion.

Educado en esta Escuela, y admirador del celo que os es habitual, yo bien quisiera ser débil imitador de ejemplares tan cumplidos; mas tanta distancia nos separa, tanto respeto vuestro saber me infunde, que, no lo dudeis, para la ocasion presente, solo el cumplimiento de un deber puso en mi mano la humilde pluma con que trazo este discurso. Imposibilitado, sinceramente lo confieso, de discutir asunto alguno que pueda ofreceros novedad á la par que elevada trascendencia, permitidme que saliéndome de la costumbre establecida, y en atencion al número de alumnos que á estos actos suele

concurrir, movido por el afecto que despierta en nosotros su presencia, interesándome por que en el curso de sus respectivas carreras puedan más fácilmente atesorar conocimientos que les son indispensables, deseoso de que eviten los escollos que hasta casi á flor del agua se descubren, permitidme, repito, que á los discípulos especialmente me dirija, exponiendo con brevedad algunas consideraciones relativas al mejor aprovechamiento en los estudios. Si logro que mis insinuaciones sean aceptadas, si obtengo siquiera que germine una sola idea en mi auditorio, quedaré más que satisfecho, diciendo interiormente: censúrese enhorabuena este trabajo, pero no se dude de la intencion que encierra.

Siglo de las luces llamamos al presente, si no con sobrada modestia, con toda la conviccion que dan al ánimo las mil pruebas de adelantos materiales que por do quiera se levantan. Leéd, y la seguridad con que en todas partes veréis consignada la anterior idea os hará deducir, casi forzosamente, que al sonar la hora primera del actual siglo, la humanidad hasta aquel entonces aletargada irguió la cabeza, empuñó el cetro del mundo á sus piés caido, para exclamar luego con toda la dignidad de quien á sí propio se conoce: la tierra es mia, brilla ya en sus albores la época de la regeneracion. Y hay en tal deduccion su punto de verdad, porque emancipado el hombre de los principios tutelares que le protegieron, bullendo todavía en su mente el confuso torbellino de ideas, que por espacio de trescientos años consecutivos removieron profundamente tres soberanos principios, la autoridad religiosa, la autoridad política y la autoridad doméstica, en proclamacion del li-

bre exámen; conducido sin notarlo al más deplorable escepticismo por los escritos que el siglo último le legó en herencia; creyéndose dotado de una fuerza hercúlea en vista de sus adelantos materiales, sintió acrecer en sí uno de sus más culminantes afectos, mientras iba cayendo insensiblemente á un grado de indiferencia cruel para todo lo que no se refiriera á la satisfaccion de los sentidos. Inevitable consecuencia. Los enciclopedistas con sus doctrinas habian rebasado el punto que allá en el horizonte pretendian alcanzar, movidos por el entusiasta anhelo de romper al pensamiento sus trabas y aspirar una atmósfera más libre. Al calor de sus escritos se aglomeraban subterráneamente causas generales de destruccion, y bien pronto se dejaron sentir las oscilaciones primeras que seguidas de formidables sacudimientos llegaron á derrumbar cuánto existia entónces. Flaqueando el hombre en sus antiguas creencias, pasmado al observar el resultado inmenso que se debia á sus esfuerzos solos, presumió hallar en su ser algo más de lo que creia anteriormente, y principiando por la admiracion de sí mismo, acabó por hundirse en una lastimosa egolatría.

Léjos de mí el designio de impugnar sin razon plausible todo deseo de bienestar material, describiendo con elegíaco ó plañidero estilo el aspecto que nuestra sociedad ofrezca; diré no obstante que si ha sido siempre el amor extremado de sí mismo achaque peculiar al hombre, en ninguna época sin embargo se ha presentado con los bríos que en la actual: todos juzgamos entender de todo; cada uno se considera digno de ocupar el más elevado cargo; nos creemos de mucho superiores á nuestros semejantes; buscamos anhelosos el atajo que lleva sin rodeos al auge personal, no vien-

do lo que atropellamos al emprender y seguir tan escabrosa via; sofocamos como puerilidades los avisos que contra nuestras acciones lanza tal vez la conciencia; procuramos, para mejor adquirir el codiciado objeto, abarcar conocimientos generales sin profundizar en ninguno; nos falta tiempo para colocarnos al lado de los que vemos ensalzados por la fortuna, ó los derribamos para ocupar su envidiable sitio, si á tanto alcanza nuestra fuerza; en una palabra, y podré decirlo de una vez, legitimamos los medios siempre que segura y prontamente conduzcan al fin apetecido. Nuestro Dios es el dios Éxito.

En esta sociedad viven nuestros jóvenes alumnos, y han de respirar por fuerza los vapores que continuamente exhala, y es fácil, muy fácil, que se contaminen, y es obligacion de quien les quiera é instruirlos debe, hacerles ver los peligros donde existan, así como los medios de evitarlos; que por dicha suele medrar al lado de ponzoñosa planta, eficaz y natural contraveneno.

Sólo rompiendo ó debilitando los resortes que dan fuerza y vigor á nuestro espíritu; sólo esforzándose el hombre en apagar creencias innatas, pudo escribir el lamentable programa más arriba diseñado. Era preciso, ya que nó erigir en principio paladina y francamente el irresistible impulso de nuestras pasiones, hacer constar por lo ménos su pujanza, su positiva utilidad; mas como aun obrando así quedaba en pié el libre albedrío, era razon que paulatinamente se escatimasen al espíritu sus fuerzas, de tal modo, que en lugar de representar en toda su pureza al yo, hecho á imágen y semejanza de la Divinidad, quedase reducido al simple papel de yo maniquí, yo vergonzante. No bastó todavía; el primer paso se habia dado y era natural que se adelantase más. Así

se hizo con efecto, revalidando al fin sistemas que niegan la existencia del espíritu.

Sé muy bien que no es un materialismo patente el que hoy está privando; es un materialismo encubierto, es su aplicacion á una teoría, á una funcion, á un fenómeno cualquiera; mas siempre queda en el fondo el poderío de la organizacion, la endeblez de las fuerzas morales, la apoteósis de las pasiones, la obligacion de satisfacer todas nuestras necesidades, numerosas consideraciones nacidas de los bienes con que nos brinda la naturaleza, á nosotros titulados reyes de la creacion, y por fin y postre el derecho que por igual tenemos á los espléndidos dones de que el globo nos hace merced todos los dias.

¡Magnífico cuadro! si sus toques de oscuro no tapasen manchas que fácilmente nota el observador de buena fe. ¡Hermosa estancia acá en la tierra! la que nos ofrecen tan hábiles reformadores, si reformar pudiéramos nuestra naturaleza propia, deseos y aspiraciones á la vez, si con iguales aptitudes fuésemos engendrados, si igual ó parecido interes á todos nos moviese, si en la completa satisfaccion de los placeres no tropezara tantas veces nuestra mano con la aguda espina del dolor. Dulces ensueños de felicidad y de gozo ¿cuándo os visteis plenamente realizados en una vida continuamente asediada por las enfermédades, los pesares, los remordimientos y la muerte? Dad, sofistas, cuanto querais al hombre, riquezas, salud, talento, honores; rodeadle de una familia querida, suponed que durante largos años no haya visto ni la mas pequeña nube mensajera de tempestad cercana, nutridle con vuestras doctrinas materialistas; y cuando en el espacio quizá de pocas horas una constelacion mortal le haya dejado solo en su mansion,

enseñadle como poderoso lenitivo ese puñado de sustancia sin nombre en que se habrán convertido algo más tarde aquellos seres que tanto embellecían su existencia.

Así debe hablar, Ilmo. señor, quien en el secreto y admirable juego de nuestro organismo no ha sabido hallar causas suficientes para explicar de un modo material todos sus importantes fenómenos, quien admira atento la influencia que sobre la parte intelectual y moral ejerce la naturaleza corpórea, y contempla absorto la más trascendental aun con que obra la moral é intelectual sobre la física. Enigmas por do quiera y en tal número, que nada esencial sabemos de esta vida que agita, anima y conmueve la superficie del globo que habitamos; de esta fuerza, que reproduciéndose por sí misma, necesita y exige para su subsistencia el concurso de la muerte; de este agente misterioso que miéntras persiste en el organismo y circula por él, hace tributaria á la atmósfera, obligándola á servir de pábulo á nuestra propia conservacion: á la atmósfera que aguarda solo la extincion de la vida, para desencadenar sobre nuestro cuerpo cien elementos de destruccion segura.

No negaré, jamás, los inmensos beneficios, adelantos y curaciones que la ciencia ha reportado del brillante concurso de las ciencias accesorias; caminamos de sorpresa en sorpresa, de descubrimiento en descubrimiento: ya la química orgánica nos suministra cada dia nuevos datos, ya la micrografía, separando bajo la accion del objetivo tejidos que por su pequeñez escapan al filo del escalpelo, nos encanta con sus descripciones histológicas. Mas así y todo, borrar la fuerza vital de una plumada es repetir en otra ciencia con Platon: «el mundo no tiene órganos locomotores, luego está inmóvil.»

¿Qué valen sin embargo estas reflexiones para quien pretende explicarlo todo por medios físicos ó químicos? Verdad es, y de valía, que las pretensiones de esta clase aguijan fuertemente á la experimentacion, y lo es tambien, que son extremadamente útiles por contribuir de una manera visible al adelantamiento de la ciencia, cuando limitan los estudios á los fenómenos de la vida; mas como alguna que otra vez se ensancha el campo de la observacion, y al hacerlo así, pueden sentarse teorías y principios falsos, es de justicia que contra unas y otros estemos prevenidos.

Ved una muestra. Gracias á su repeticion continua, han acabado por hacerse célebres las siguientes ó parecidas frases: el cerebro destila de la sangre el pensamiento; las ideas son el producto de los factores que entran en la formacion del cerebro; este segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis; frases todas que bien alambicadas significan: el pensamiento es producido por la accion de aquel órgano, á la manera que los humores son elaborados por las demas vísceras del cuerpo.

Como estas ideas podrian hacer sospechar tal vez, por su incesante menudeo, que llegan á constituir un principio, si nó cierto, fundado por lo ménos en hipótesis no despreciables, cumple manifestar que faltando pruebas admisibles, muy á sin razon se tendria tal sospecha. Estudiemos, pues, aunque sea á vuela pluma, algunos de los principales datos que guarda la ciencia, relativos al cerebro humano.

Débese hacer constar en primer término, que este órgano ha de mirarse como uno de los más esenciales á su vida, pues por poco profunda que sea la lesion que sufra, va en nosotros seguida inmediatamente de la

muerte; que las alteraciones morbosas del mismo, ó de las membranas que lo cubren, pueden causar trastornos mayores ó menores en la percepcion, en la inervacion y en las facultades intelectuales; miéntras que pueden pervertirse dichas facultades sin que se note alteracion ninguna en el encéfalo. Conviene en segundo lugar decir que sin cerebro, por aberracion embriogénica, ó con un desarrollo rudimentario del citado órgano, es enteramente imposible la continuacion de la vida fuera del claustro materno; que por debajo de ciertos límites de desarrollo cerebral es constante la imbecilidad; que por encima de ellos un grado igual de desarrollo puede juntarse en diversos individuos con el idiotismo, la locura, la razon, el talento y el ingenio; que ni la forma del cerebro, ni la relacion proporcional entre sus hemisferios y cerebello, ni el peso, ni el volúmen, ni la profundidad de los surcos que constituyen las circunvoluciones, ni el exámen histológico, ni el análisis químico pueden hacer conocer sin otros antecedentes, si el cerebro que se examina perteneció á un idiota, ó á un hombre célebre por sus talentos. Esto es lo que la experiencia y la observacion enseñan. Fuera de ello solo nos es dable añadir hipótesis, teorías, nada: logomaquia pura.

Y ¿quedan resueltas ya todas las dificultades? De los precedentes datos no podremos en rigor deducir sino que en dicho órgano, prescindiendo de otros, existe un principio, un elemento de inervacion, llámesele como se quiera, cuya esencia desconocemos por entero: primera dificultad.

Que el cerebro está en comunicacion directa con todos los nervios encargados de transmitir las sensaciones, en prueba de lo cual las lesiones de dichos ramos inhabilitan para la percepcion; que al propio tiempo (y

nótese bien) el mas prolijo exámen no demuestra diferencia alguna en su estructura, que haga aptos á estos para transmitir los rayos luminosos, á aquellos para conducir las ondas sonoras, pues tan impropios nos parecen para un objeto como para otro, de lo cual se desprende la complotísima imposibilidad de explicar la percepcion, y de consiguiente la naturaleza esencial de la idea por los sentidos recibida: segunda dificultad.

Que si bien es verdad que ciertas alteraciones encefálicas perturban en apariencia las facultades mentales, no sabemos si en rigor la inteligencia se altera, ó si este desórden ha de referirse simplemente á las manifestaciones de la misma. ¿Quién podrá nunca asegurar que se haya pervertido realmente la inteligencia en una enfermedad cerebral, cuando el paciente restablecido ya no recuerde, ni de una manera vaga, su delirio? Tercera dificultad.

Prevese sin embargo una objecion, y es de ley salir luego á su encuentro. Y ¿si el convaleciente, se dirá, recuerda su desvarío, y asevera su pasada perturbacion mental, podrá negarse la materialidad del órgano razonador alterado por la enfermedad resuelta? Para refutar este argumento basta una repregunta: ¿si las sensaciones son todas viciadas, podrá el juicio ser bueno, cuando no pueda rectificarse por otra sensacion normal? Atiéndase á que en ciertas ocasiones explica despues de su curacion el hombre las continuas ilusiones que le suministraban sus sentidos, y en otros casos (observacion importante) explica tambien el continuo trastrueque de palabras que al delirar involuntariamente hacia. Continuemos.

Que en el estado actual de conocimientos, y no recurriendo á la espiritualidad de nuestro ser inteligente,

es imposible explicar de ningun modo los fenómenos de la locura no acompañada de alteracion en el encéfalo: cuarta dificultad.

Que prescindiendo de la escasez notable en el desarrollo cerebral, por ser imposible que sostenga nadie la perfeccion de las sensaciones y percepciones cuando aquella se presente, ninguna de las numerosas diferencias físicas y químicas mas arriba establecidas, puede mirarse como propia de un estado intelectual determinado: quinta dificultad.

¿Qué sabemos pues en conclusion? Sabemos que el encéfalo es necesario á la vida, á la inervacion, á la sensibilidad y á la manifestacion de la inteligencia; constándonos sobre todo por las premisas apuntadas, que queda algo oculto, y muy oculto como, esencia del razonador agente. Así procede en buena y rigurosa lógica, sin dejarnos arrastrar por ideas preconcebidas al tantear este exámen delicado, para añadir en fin: que no pudiendo las causas materiales prestarnos suficiente claridad en la explicacion de los maravillosos fenómenos de nuestra inteligencia, es preciso recurrir á ese *quid ignotum* no material, ó espíritu (désele el nombre que se quiera), el cual tiene absoluta necesidad del encéfalo y dependencias para recibir las sensaciones, y para ejecutar las órdenes de su espontánea y libérrima voluntad. Y á esta deducccion se ha llegado, siempre que el sentido comun científico ha prevalecido por la observacion sobre los errores de sistema.

Pero no se pida más tampoco; aquí termina lo que hemos adquirido relativamente al nudo de este asunto; siendo imposible resolver las cuestiones que han formulado continuamente psicólogos y filósofos. En esta como en todas las ciencias álzase una vallá que no pueden der-

ribar nuestros esfuerzos; seguid cuantas veredas encontrareis y hallaréis en un confin marcado el *nec amplius ibis*, escrito por la Infinita Inteligencia. Querer averiguar el indescifrable enlace de nuestra parte material con el espíritu, tratar de saber el modo como obra este sobre aquella, fuera perderse en el laberinto de los espíritus animales, asistencia divina, causas ocasionales, armonía prestabilita, influjo físico, mediador plástico, movimiento, etc. con que Platon, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Cudworth, Stahl y otros varios autores han pretendido aclarar un problema irresoluble.

Irresoluble dije, porque el descubrimiento de este enlace nos explicaria fácilmente la verdadera esencia del espíritu, y con ella el origen de su sér, su destino final, el porqué de su estancia en esta vida y otros principios fundamentales parecidos. No es poco para la inteligencia humana, ver al través de espesa niebla los débiles resplandores de una luz, que tan brillantemente centellea al simple influjo de la fe.

Alejaríanos del capital asunto proceder á la valuacion exacta de las varias teorías, que para probar la materialidad de nuestro sér razonador se han emitido. Despues de análisis químicos recientes, solo pueden leerse con la sonrisa en los labios las jactanciosas meditaciones sobre la influencia de la mayor ó menor cantidad de fósforo en la produccion normal ó anormal del pensamiento; y si no es de buen recibo la teoría basada en la vibracion de las fibras cerebrales, tampoco es fácil que reviva por la frenología el pasado ardor, tras los numerosos desengaños que dan las exploraciones craneoscópicas.

Conviene ahora advertir que comprendiendo lo delez-

nable de todos los sistemas faltos de una rigurosa observacion por fundamento, y conociendo los extravios á que está expuesta la inteligencia humana, no será por cierto de extrañar que se haya negado la existencia del espíritu; bastando á dicho objeto con pensar que Berkeley y otros idealistas negaron la existencia del cerebro y de la materia toda, en apoyo de sus quimeras doctrinales. ¡De tal manera la razon decae, cuando al sentido comun por bajo y humilde menosprecia!

Y se abate tanto, que al no admitir más que lo sensible, tácitamente concreta sus ideas en este obligado y no consolador principio: «el pensamiento muere con el cuerpo.» Sabios legisladores, moralistas profundos, romped vuestras obras: todo es inútil admitiendo por dogma asercion tal. Vuestras cárceles han de ser enfermerías, vuestros códigos formularios, vuestros castigos son la irrision de la venganza: porque es justo que observeis que el libre arbitrio, en sentir de ciertos autores, es de vuestras alucinaciones la mayor, no debiendo ver en él sino la última determinacion causada por el ímpetu pasional más poderoso. Así está impreso.

Pero basta ya. Otras consideraciones han de ocuparnos, y viene á tiempo recordar que un discurso inaugural nunca fué un libro. Decid empero los que tan caprichosamente modelais al hombre. ¿Nada veis en esa madre que sentada al lado de una cuna pasa dias y noches sin buscar un momento de descanso, siempre esperando la ansiada crisis, y encontrando en su voluntad las fuerzas que sin ella le negaria su organismo? ¿Podréis decirnos algun dia, materialmente hablando, por qué el suicidio es mirado con horror, viéndose en él una aberracion de nuestro modo de pensar, y celebramos todos el acto de abnegacion con que un hombre

expone su existencia por salvar la de otro hombre; y admira el mundo con veneracion profunda el heroismo de aquellas víctimas que, arrojadas en anchuroso anfiteatro, vertian su sangre entre los frenéticos gritos de una multitud ciega ante la sublime idea que á la muerte las guiaba? ¿Sabréis explicar jamas lo que en nosotros acontece, al causar la accion de una mirada ese llanto que oprime y angustia el pecho, haciendo verter la sangre del alma (segun la calificacion dada á las lágrimas por un padre de la Iglesia) si lo comparais á esotras lágrimas, que nacidas tambien de una mirada nos sumergen en purísimo gozo, y pudieran ser llamadas rocío del corazon por los expansivos efectos que producen?

Sólo admitiendo el hombre el noble origen de su sér razonador, sólo viéndole separado é independiente en sus actos de pura reflexion de los estrechos lazos con que le sujetaria la materia si de ella dependiese, no esperando la aparicion de ideas de la vibracion de una ú otra fibra cerebral, apreciando en lo que vale y la experiencia ha enseñado el influjo que sobre su inteligencia deja sentir el cuerpo con sus movimientos pasionales, sus necesidades y sus instintos; bien persuadido de la fuerza con que por su libre accion puede oponerse á las tendencias mismas que en su ánimo se engendran; recordando al propio tiempo las creces que infunde á los movimientos pasionales cuando trata de avivarlos, sólo así, repito, podrá venir en conocimiento el hombre de las altas facultades que posee, y de la influencia que el espíritu puede y debe ejercer sobre sí mismo.

Sin entrar en el escabroso terreno de la Filosofía, ó en el no ménos áspero de la Psicología para impugnar

sistemas, ó explicar el porqué de fenómenos muy oscuros, expondré someramente ciertas observaciones relativas al mejor uso de alguna de nuestras facultades intelectuales. Sé lo difícil que es establecer una buena division en las mismas, sé que es hasta imposible concebir aislada una siquiera, sin que se perciba al momento su íntima y constante union con otras varias (poderosa razon y vaya dicha de pasada, en apoyo de la unidad y simplicidad de nuestro sér razonador), sé las distintas clasificaciones hechas por diversos autores, llegando uno de estos á no admitir la memoria como facultad independiente, mas así y todo algo puede decirse acerca de ellas.

Es tan comun desconocer su accion, estamos tan habituados á su uso, es su modo de obrar en la mayoría de casos tan suave, que solo para pocos individuos será el exámen detenido de las mismas motivo eficaz de reflexion. Y sin embargo, sobre estas facultades que á pesar de constituir la esencialidad de nuestro sér, se miran ordinariamente como instrumentos ó medios destinados á servirnos, sobre estas facultades por un privilegio tan grande como incomprendible, podemos imprimir notables variaciones.

Oidme, si os place, un breve rato, No consiste exclusivamente el estudio en ir amontonando axiomas de la ciencia, á la cual por natural inclinacion nos dedicamos; pues al hacerlo de este modo simplemente, nos expondríamos á que el trabajo se nos hiciese pesado é insupportable, cayendo extenuados mediada apenas la jornada, ó á que perdiésemos con facilidad los tesoros científicos adquiridos por no ser posible su exacta retencion. Así remedaríamos á ese niño que con cara mustia y abatida aprende su catecismo, durante un bostezo in-

terminable, ó al otro que después de relatar de coro la geografía entera, olvida en pocos meses hasta que España esté en una península.

Tales percances no arguyen siempre debilidad de una potencia intelectual; arguyen que el estudio no se ha hecho cual de desear hubiera sido, prueban en fin que se aprende maquinalmente, y fiando á una facultad lo que para ser debidamente retenido, exigía el concurso de alguna otra.

Sin pretender negar la diferencia que existe en las aptitudes intelectuales de cada hombre puesta en evidencia todos los dias, es indispensable convenir en que requiere determinado arte el cultivo de la inteligencia, y que sólo mediante recíproca armonía de varias facultades del espíritu pueden alcanzarse los resultados que se esperan.

Se olvida en nuestra primera educación el laboreo de elementos de acción incontestable, y acumulando ideas sobre ideas, se cree erróneamente que su mayor caudal constituye la intelectual riqueza. El experimento siguiente confirma esta verdad. Un amigo nos hace cierto encargo, hemos oído las palabras que lo encierran, y fijándolas en la memoria, dejamos vagar inmediatamente el espíritu en asuntos de índole distinta. Consecuencia inmediata casi siempre, el olvido. Mas repitamos á solas el encargo, y á fin de dejarlo bien impreso en nuestra mente asegurando mejor su cumplimiento, pensemos en la hora y después de qué ocupación lo evacuaremos, en las consecuencias que pudiera traer su olvido, en las causas que lo motivaron, y no se dude: á la hora prevista de antemano y tras la ocupación señalada, quedará el amigo complacido. En este ejemplo vulgar, sobre manera vulgarísimo, vese perfectamente diseñado, el útil

programa que es de rigor seguir en el cultivo de las facultades mas hermosas. ¿Qué son todos los conocimientos obtenidos en las ciencias, sino partes de encargos preciosos que han de cumplirse á su debido tiempo, en bien y provecho de nuestros semejantes?

Adquiéranse pues de otro modo las ideas; búsquense sus orígenes, diferencias, analogía, verdad, utilidad, objeto; haga, obre, actúe nuestra mente, en lugar de ofrecerse pasiva é inerte, y dispuesta sólo á recibir. ¡Ah! si sujetáramos á tan sencillo proceder esos escritos (pocos por suerte) con los cuales tratan á veces de ilustrarnos los que tanto afan por nuestra felicidad demuestran, y con tanto ahinco todo lo discuten por alto y elevado que se encuentre; si así supiéramos leer entre dos palabras la sarcástica sonrisa con que á mansalva arrojan la calumnia sobre objetos muy sagrados, encendiendo las pasiones y rebajándose á sí mismos, nuestras manos dejarían caer con honda pena unos papeles, que al cabo patentizan cuán triste y pobremente del don más esclarecido puede usarse.

Volvamos empero á nuestro asunto. Necesita actividad la inteligencia, porque en la actividad sola está su vida, en su vida sus progresos, en estos el talento, y en el talento el verdadero tipo de la dignidad del hombre, en cuanto á sér inteligente. Tal es la escala cuyos grados han de recorrerse sin salto ni tropiezo alguno. En efecto, basta reflexionar que la actividad debe servirse de determinados medios, y ha de proponerse un fin, para notar ya de una manera vaga que al libre ejercicio de nuestras facultades mentales pueden oponerse óbices; los que se hacen mas evidentes todavía si recordamos que la actividad intelectual no puede admitirse sin la existencia de un esfuerzo, el cual á su vez y por poco

que prolongue su accion, va acompañado de fatiga, y que siendo esta dolorosa, se aparta de ella por natural instinto el hombre.

La consideracion de los obstáculos descritos dicta sin la menor violencia el precepto que es menester seguir. Convirtamos en verdadero origen de placer lo que á primera vista causará cansancio; dispongamos nuestros actos de tal modo que en lugar de repelerse mutuamente, se atraigan y combinen, hasta el punto que uno llame por precision al otro, haciéndose la gradacion fácil, amena, suave, útil y agradable. Tan difícil le es al jóven estudioso concebir el mísero modo con que pasa el tiempo su compañero de clase, entre bromas, fiestas y continuos devaneos, como á este comprender más que encogiéndose de hombros, el motivo oculto por qué el otro apaga la lámpara de vela, cuando amenguan su luz los primeros rayos de la aurora. Hay en nosotros una facultad de vigor y accion tan manifiesta, que en vano tratamos de sujetar por la presion del severo raciociinio. Al modo que el vapor encerrado en la caldera busca una rendija, y al escaparse aumenta y se dilata, y toma variadas formas en anchas espirales y graciosos remolinos, y se expande más y más y crece siempre; así la imaginacion, dispuesta á todas horas á lanzarse en alas de sí misma, puede ofrecer á nuestra inteligencia seguros medios de accion bien poderosa.

Tronaron en balde contra su maléfica influencia algunos escritores sobrado asustadizos, llamósela donosamente la loca de la casa; mas viéndonos forzados á vivir siempre con ella, es justo el hacerla prestar algun servicio: y presta tantos cuando se le ofrecen asuntos útiles y buenos, cuando se evita cuidadosamente que llegue á cebarse en las pasiones que, sin exageracion,

cupiera muy bien cambiar su nombre por el de alegría del hogar.

Quitad la imaginación al preso, al enfermo, al desvalido, ved qué queda, ved si hay algo aun que les consuele; ved si la palabra esperanza tendria influjo alguno, á no mediar la imaginacion que apoderándose de ella hiciera brotar nuevas ideas de planes, proyectos y ventura. Dócil á nuestras inclinaciones, aunque activa de continuo, cambia la imaginacion de rumbo fácilmente si una firme voluntad la fuerza á ello; y si ántes alegre recorria fecundos valles y fértiles vergeles, momentos despues admira en sus recuerdos el mugir de bramador torrente, ó el fragor de tormenta asoladora. Gracias á la imaginacion se embellecen nuestros pensamientos, y sobre ser imposible despojarnos de ella, no se conciben, aunque esta empresa se alcanzase, las ventajas á que podria dar lugar, cuando es fácil comprender los efectos de su inaccion en esos jóvenes, viejos en la flor de su vida, ocultamente devorados por el tedio y la amargura, sin una esperanza en lo por venir, sin vigor siquiera para lanzar de sí lo que en el momento actual perturba su existencia. Debidamente educada dicha facultad por un esmerado cultivo, en la contemplacion de grandes escenas de belleza, de abnegacion y de justicia, no hay por qué temerla, ántes sirve en todas ocasiones y en todas las carreras para cautivar con sus inspiraciones súbitas, conmover y persuadir, cubriendo el seco razonamiento de un encanto irresistible. Ya que rinde, pues, á cada instante tantos y tan útiles servicios, hagamos que con benéficos dones á nuestros progresos contribuya.

Si nada dice al corazon la ciencia que estudiamos; si ninguna vocacion experimentamos hácia ella; si en la

carrera de jurisprudencia no ve el estudiante como al calor de sus razones y elocuencia devolverá al inocente calumniado la libertad, la vida, y lo que vale mucho más, la honra; si el cursante de la ciencia de Esculapio ninguna emoción percibe al pensar en las lágrimas de gratitud, con que el hombre bendice la operación que arranca á su esposa de la muerte en el momento más solemne de sus días; tírense los libros, dejen su trabajo tan mezquinos obreros de la inteligencia: que nuestros volúmenes no hablan con quien no tenga más varonil anhelo. Confúndanse con aquellos entes huecos que por un pliegue en la corbata se acongojan, con aquellos seres incapaces de obrar y de sentir más que como sientan y obren sus iguales.

Así la imaginación, encendiendo un noble entusiasmo por la ciencia que emprendemos, anima y fortalece de antemano; así se convierte en poderoso estimulante de la voluntad á que ántes aludimos, la actividad intelectual ya comenzada. Movida á la vez por tan digna excitación la voluntad, hállese en camino de vencer los mayores obstáculos que en el estudio pueden ofrecerse; como cabe á la misma en el ordinario curso de la vida salvar todo género de dificultades, si emplea constante y perennemente los medios destinados á lograr el fin. A accidentes casuales, á contrariedades fortúitas achacamos por lo común el mal éxito que frustra la realización de planes bien trazados, sin ver que casi siempre somos nosotros exclusivamente responsables, por la poca constancia del obrar y la falta de atención en el asunto. Tenemos un caudal de actividad latente que nos es desconocida y no sabemos emplear, sorprende el pensar lo que somos capaces de hacer con la sola fuerza de un querer continuo, mediante vencer los primeros emba-

razos. Es la fábula del atleta antiguo, que llevando todos los días el mismo becerro á cuestas, acabó por sustentar un buey.

Y si la idea de conseguir el objeto apetecido es la única que puede mantener los esfuerzos de nuestra voluntad, en las mas de las ambiciones que nos mueven en la vida, debiendo luchar con las molestias é incomodidades que encontramos hasta la completa posesion de aquel objeto; entiéndase bien que no sucede lo mismo en el desenvolvimiento de nuestras fuerzas intelectuales y adquisicion de conocimientos; pues en este caso, en lugar de hacerse los medios trabajosos, se convierten en verdaderos incentivos, por el admirable placer que sin cesar produce la dilatacion graduada y progresiva de nuestro horizonte intelectual. No es el estudio una ocupacion gravosa ni tan siquiera indiferente dado ya el primer impulso, lo que importa es proceder con mesurado tiento aumentando continuamente la atencion, no procediendo á la indagacion de una segunda idea, sin ántes haber descifrado la primera en todos los sentidos de que sea susceptible; no es tarea enojosa si con la pluma en la mano trasladamos mientras leemos las principales ideas al papel, y las extendemos y las comentamos, analizándolas y descomponiéndolas; no causa pena, ántes es origen de dulce satisfaccion, observar como bajo la accion de este proceder se opera durante nuestras lucubraciones una efervescencia y reproduccion intelectual inexplicables, gracias á la debida meditacion, tal vez, de una sola línea.

Adviértase ademas que á la influencia de esta actividad acrecentada, ofrece tambien la memoria sus presentes, reviviendo en la mente con verdadero asombro nuestro multitud de ideas adquiridas en época remota,

y que estuvieron, por decirlo así, largos años durmiendo. Cumple añadir, á renglon seguido, que tales fenómenos intelectuales se realizan exclusivamente cuando la atencion se fija con insistencia sobre un solo y determinado objeto, cuando porfiamos en desentrañar lo más recóndito que una ciencia guarda; porque tratar de aprender varias de una vez, es un medio muy probado para no sobresalir en ninguna de ellas.

Trabajemos pues con asiduidad, constancia y fe en aquellas ciencias para las que no nos veamos incapaces; sepamos que detenernos en el estudio es atrasar y que nunca se pierde más el tiempo que cuando se dice que nos falta; pensemos en el gozo causado por la ordenada adquisicion de conocimientos, y por la inspiracion naciente; y sobre todo tratemos de redoblar la accion cuando la resistencia lo reclame. Lo que no arranca la mano lo hace saltar el hacha; si esta no sirve, recurrir al fuego. Tal ha de ser nuestra divisa. Hallar en sí mismo el móvil; que el espíritu esto y más alcanza cuando con eficaz perseverancia lo desea, sin tener que mendigar rastaramente y fuera de él estímulos intensos. La emulacion, se dirá, tiene gran fuerza; no negaré que á ciertas inteligencias de suyo poco activas deje de obrar cual aguijon muy penetrante; pero atiéndase á que de la emulacion á la envidia no hay gran trecho, y nada debemos evitar con mas cuidado, que sumirnos casi voluntariamente al poder de una de estas pasiones ruines, corrosivas y por esencia matadoras.

Vivamos, sin embargo, siempre alerta ante un enemigo formidable que no perdona brecha ni trabajo, que hiere para su victoria la fibra más sutil de nuestro corazon, que se disfraza hipócritamente con los nombres de amor propio, dignidad personal, razon de ciencia,

energía de carácter &, siempre ocultando el suyo verdadero: tanto repugna abiertamente la palabra orgullo. Y en medio de eso es la pasión que cuenta más numerosas víctimas. Pocas serán las mujeres que no vean un defecto en la vecina; pocos los autores que al corregir las pruebas, teman arreglar para el lector ú oyente un activo soporífero. ¡Cuánta inteligencia medianamente cultivada con pretensiones de talento! ¡Cuánto talento con infulas de ingenio! Esta exageración del amor propio, que nos impide adelantar en el estudio, ó desvia por lo menos del sendero que al saber directamente lleva, y del fin moral que debe conducirnos, nos hace desmerecer á la larga el aprecio de los demás hombres; pues por mucho esmero que pongamos para ocultar dicha pasión, siempre hay una palabra, un acto, un gesto, que al descuido y á traición nos venden. ¿Por qué no hacemos inventario con frecuencia de los conocimientos que poseemos, para notar los grandes vacíos existentes, hasta en aquellas colecciones científicas que creemos tener más completadas? ¿Por qué no establecemos en secreto comparaciones entre nosotros mismos y tantos antiguos y contemporáneos, que el mundo admira por sus virtudes ó por sus talentos?

Hablé de los antiguos, y esta palabra nos recuerda que otro de los efectos producidos por la pasión acabada de nombrar es el desden profundo con que se habla de las añejas obras y doctrinas; olvidándose al seguir tal proceder el continuo eslabonamiento, que así bien de conocimientos como de generaciones, necesita la humanidad á medida que adelanta. Todos celebramos el ingenioso mecanismo, gracias al cual comunica por sus nervios de alambre el centro de una nación á sus extremos sacudidas de placer ó de dolor; todos vemos en él

la mas bella expresion de nuestro siglo, y muchos olvidan que seiscientos años ántes de nuestra éra conocia Thales las propiedades eléctricas del ámbar y succino, que Plinio se ocupa de las picas luminosas del ejército de César, que San Agustin habla de una estatua sostenida por el iman en el templo de Serapis en Egipto, que en 1670 se conocia ya la máquina eléctrica, que los estudios progresivos de Wall, Newton, Hawkesbie, Grey, Dufey, Rose hicieron adelantar la ciencia hasta poder comprobar el abate Nollet, por medio de la famosa botella de Leyden en una cadena de mil ochocientas personas; la inconmensurable rapidez de la electricidad; que desde este experimento hasta el invento del telégrafo han debido trascurrir cerca de cien años de indagaciones y experimentos sucesivos de Franklin, Alibard, La Condamine, Beccaria, Le Monnier, Wilke, Coulomb, Galvani, (apellido que trae á la memoria uno de los más grandes descubrimientos atribuidos á la casualidad) Volta, Nicholson, Cruiskhanks, Davy, Ritter, Ærsted y tantos y tantos otros físicos, sin nombrar á los autores más modernos que todos conocemos, para dar por resultado á Wheatstone tan útil invencion. No hay ciencia que no suministre infinitos ejemplos de esta clase. De historia, oratoria y poesía ya sabeis que en la antigüedad hay los modelos. Los estudios de Jurisprudencia comienzan por el Derecho romano; no hay obra de Medicina en que no se miente á Hipócrates. ¿Hemos olvidado ya que nacieron en una misma centuria Apéles, Phidias, Praxitéles, Scópas, Esquiles, Sóphocles, Eurípides, Aristóphanes, Sócrates, Platon, Aristippes, Diógenes, Aristóteles, Pericles, Demóstenes y Alejandro? Las ciencias naturales que tan inmensos adelantos han hecho desde los preceptos de Bacon (dados ya anteriormente por su homó-

nimo Roger Bacon), estas ciencias que tantos progresos están llamadas á hacer todavía, no hubieran de fijo adelantado de una manera tan visible sin los principios establecidos y sin el creciente perfeccionamiento del ramo instrumental.

Aunque abusando de vuestra benévola indulgencia, dejadme citar en dos palabras lo que ofrece el primer país, á que alcanzan los más remotos tiempos de la historia. La India nos enseña su tradición del Diluvio, su leyenda de Adán y Eva, sus doce signos del Zodíaco, su hipótesis del éter, su sistema solar adoptado después por Pitágoras, negado más tarde, confirmado por Copérnico, plenamente demostrado por Galileo y sucesivamente desarrollado por nuestros más célebres astrónomos. Sus filósofos lejos de aceptar la ley de Manú, procuraban realzar la dignidad de la mujer, suprimían el préstamo á interés y modificaban las ideas admitidas sobre la propiedad; pudiendo casi asegurarse, que los problemas ventilados en lo que va de siglo por nuestros recientes socialistas europeos, habían envejecido en la India, cerca de mil cuatrocientos años ántes de nuestra era, de puro discutidos desde tiempo inmemorial. Y ¿qué han hecho con sus teorías espiritualistas Schelling, Hegel, Cousin y algo antes que ellos Spinoza, sino reproducir, cerrando los ojos á las verdades reveladas, el panteísmo que la India proclamó falto de aquellas y supo después patrocinar Pitágoras?

¿Qué más? ¿Acaso en las modernas obras no leemos á menudo pensamientos que un talento investigador ha exhumado de entre ruinas? Á pesar de todo ¡lección notable! tuvieron también término, cual tiene su fin la humana vida, aquellas repúblicas que en distintas épocas han sojuzgado al mundo por su ilustración y por sus

armas, no dejándonos mas huellas de su poderío que esas letras sobre las cuales pasa inerme la acción corroedora de los años, y esos despojos monumentales que cubre la yerba ó los mogotes arenosos y desiertos.

Confesemos, sin embargo, con ayuda de la historia, que nunca tuvo lugar la espontánea destrucción de las naciones, sin que la corrupción moral la precediera. Jamás se abate tanto el ser humano como al doblegar su razón al torpe yugo pasional. Entónces olvida los altos é imprescindibles deberes que le están señalados en todas y cada una de las épocas de su vida, en este ó en aquel estado social, con tales ó cuales medios de fortuna. Comienza entónces una época desgraciada en que se prostituye gradualmente el hombre, descuidando de cada vez más el cultivo de sus principales facultades, apartándose de los objetos que ser debieran sus verdaderos guías, aspirando á otros impropios de su sér; sumiéndose en fin con la sociedad en que vive en un abatimiento, que solo pueden disimular estremecimientos artificiales, pero que no tarda en ir seguido de una muy completa destrucción.

Tras lo expuesto, se hiela el corazón de espanto al pensar lo que fueran nuestras carreras científicas, el día en que no escuchando el hombre su razón y conciencia, viese en ellas simples medios de engrandecimiento personal, un arte más ó ménos fácil de acaudalar tesoros, y olvidase el norte principal de sus estudios, que consistiendo especialmente en el mayor bien de nuestros semejantes, tanto realza y ennoblece las literarias profesiones.

Rasgad, rasgad, alumnos, vuestra toga ántes que osareis profanarla, pues tarde ó temprano aprenderiais que no se mancillan sin castigo las sagradas leyes del deber.